

LEER PARA VER

Cuerdismos

José Luis Cuerda consigue con la novela **Tiempo después** una joya de la literatura humorística



EDU GALÁN

Si a uno de los personajes de **José Luis Cuerda** se le dijese que José Luis Cuerda tiene un imaginario propio, es muy posible que pensase que se trataba de un invernadero o de un adosado en Murcia. Si al propio José Luis Cuerda se le dijese que tiene un imaginario propio, es muy posible que respondiese mandando al responsable de semejante aseveración a la mismísima mierda. Pero como ni los personajes, ni el autor, suelen ser conscientes de por dónde se mueven o lo que crean a su alrededor, le toca al lector, al espectador o al crítico soltar estas barrabasadas. En **Tiempo después** (Pepitas de calabaza), la primera novela (hablaremos del por qué más tarde) de José Luis Cuerda, un personaje le dice a otro “o sea, que hemos quedado en dormir y nada más, ¿es así?”. Responde: “así es”. Contraviene el primero, machacón: “¿Aunque yo esté seguro de mis sentimientos y de por qué quiero hacer las cosas que quiero hacer? ¿Aunque esté segurísimo de todo?”. Concluye el aludido, ya cabreado: “Por muy seguro que estés”.

Esta conversación siempre será el Universo Cuerda, aunque la leas descontextualizada en una reseña. Cuerda es de los pocos triunfos que en el humor se encuentran. Así, en general y sin exagerar. Su novela discurre en el año 9177, dentro de lo poco que queda de la Humanidad: un edificio que se me parece al hotel vacío de la plaza de España de Madrid y unas afueras donde viven los pobres, que de eso(s) siempre hay. El resumen me lo explicaba mi maestro **Domingo Caballero** en sus clases: “la clase alta son los de arriba; la media, los del medio; y la baja, los de abajo”. Se supondría que, veinte años después del último, este libro forma una cuatrilogía con las películas “Total” (1983), “Amanece, que no es poco” (1989) y “Así en el cielo como en la Tierra” (1995), pero él solo ya posee una entidad propia, mágica, que a pesar de remitir a las anteriores se enreda con el presente y marca un tono de denuncia social más evidente que el de sus hermanas. Como nosotros, los pobres aquí son más pobres que nunca y les pide el autor, ¡lógicamente! ¡da igual que acabe mal!, que se revolucionen, que tomen con violencia el santo edificio de clases sociales con rey, curas, alcalde, vendedor de limón o la madre que los parió dentro.

Se habla mucho de lo albaceteño o lo español de la obra cómica de Cuerda, pero habría que pegar un golpe en la mesa y, como haría uno de sus personajes, gritar “¡Es universal! ¡Es universal!”. Aspira el cineasta, siguiendo el manual del buen humorismo, a explicar (casi) todo y a reírse de lo poco en lo que se queda el (casi) todo tras mirarlo críticamente. En su texto están las clases sociales, el amor (“El problema es que yo tengo reparos conceptuales y metodológicos con el enamoramiento”), la paternidad (“Los hijos deberían ser concebidos de otra manera. Por medio de una larga conversación, por ejemplo”) o la muerte (“Follar tampoco se folla. En la eternidad, digo”). (Casi) todo, vamos. Le pica a Cuerda su amor por los clasicísimos españoles (Lazarillo, **Quevedo**, **Cervantes**...) pero también uno piensa en los inevitables **Jardiel**, **Tono**, **Mihura**, **Gómez de la Serna**, **Fernández Flórez**... Y más allá de Albacete, porque se le nota muy leído al autor, suenan **W.C. Fields**, **Soseki**, **Sterne**... Con ellos al fondo, consigue Cuerda subvertir la lógica para explicarnos más lógicamente lo que (nos) pasa. ¿Surrealismo, como se lee en los periódicos cada vez que aparece el cineasta? No, joder: Cuerdoismo.

Hacía muchísimos años que no se publicaba en la literatura humorística en castellano una joya como **Tiempo después**; nos ha tenido que venir a rescatar de la mediocridad del hábito uno de los de siempre. No nos equivoquemos: al texto se le notan, es inevitable, las hechuras de un guión no producido bajo la narrativa novelesca

pero, como me contaba **Gonzalo Suárez**, al final, la literatura moderna es una sucesión de cuentos, vamos, de escenas que se entrelazan con gramáticas conjuntivas de por medio. Cuerda, escritor extraordinario por mucho que le dé pudor pensarse así, trastoca el guión original y lo convierte en un nuevo artefacto en el que aprovecha para hacer al lector su cómplice de tropelías (nos avisa en algunos pasajes de cuándo va a volver a salir un personaje por si nos aburrimos con el resto). Cuando la lean, que espero que sea cuanto antes, que a mí ahí me tenían riéndome con ella solo en el metro, como un loquito, piensen si no les gustaría verla en una pantalla grande. Nota final al autor y a algún bendito productor: que sea cine cuanto antes, por favor.



Tiempo después

JOSÉ LUIS CUERDA
Editorial Pepitas de calabaza,
2014